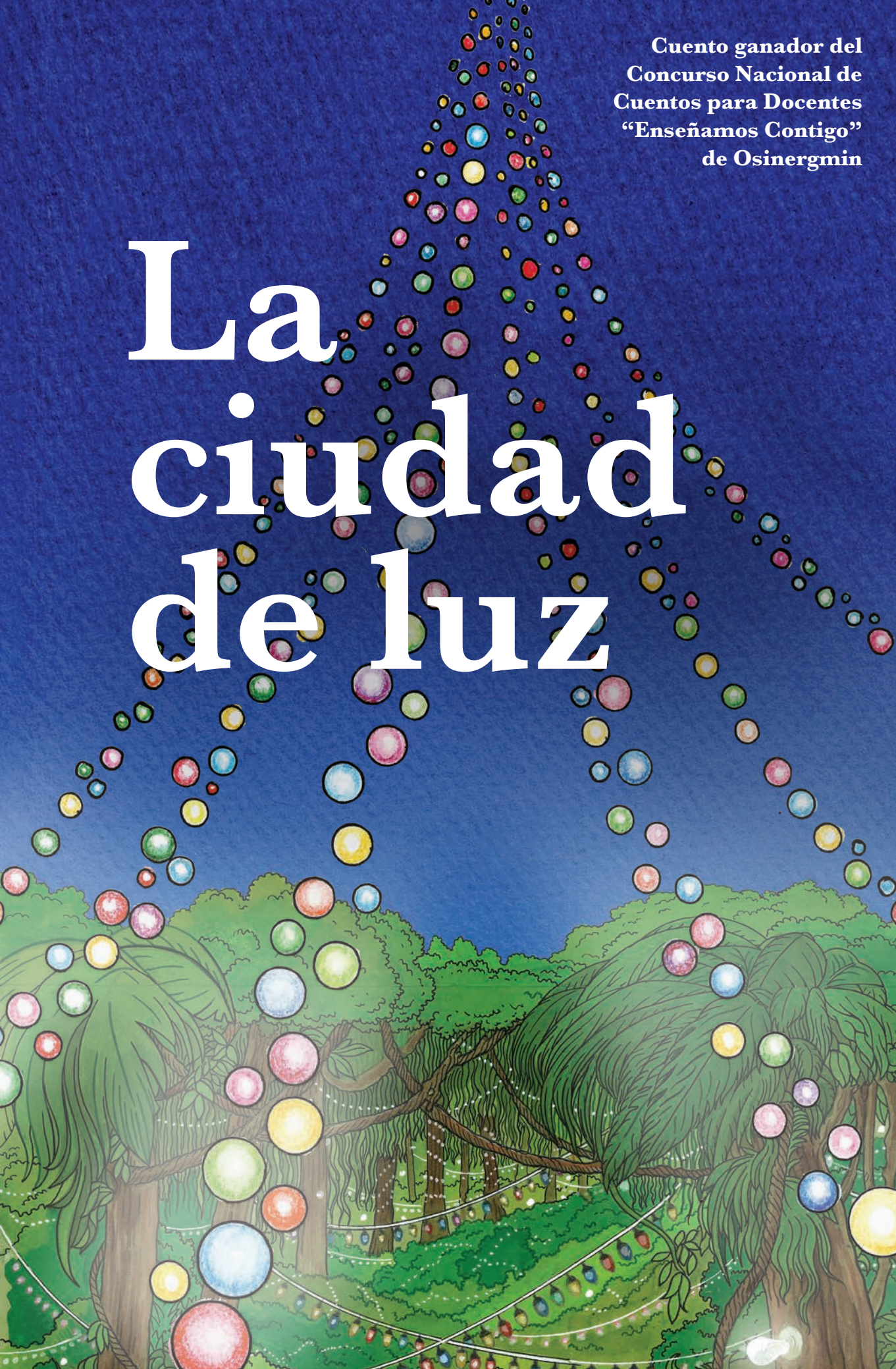


Cuento ganador del
Concurso Nacional de
Cuentos para Docentes
“Enseñamos Contigo”
de Osinergmin

La ciudad de luz





Era el décimo día consecutivo que los habitantes del bosque celebraban la llegada del fluido eléctrico a su ciudad. Todos estaban muy felices porque dentro de cinco días llegaría la Navidad y esperaban festejarla a lo grande. Y no era para menos, habían esperado tanto tiempo la ansiada luz y ahora por fin la habían conseguido.



Todos andaban apurados haciendo sus instalaciones, mostrando sus caras de felicidad. Los más entusiastas eran los monos, quienes habían puesto sus focos en las copas de los árboles; lo mismo que las cotorras y los cueches, que se regocijaban al ver las luces incandescentes, colgadas desde sus nidos y ramas de lupunas, los más frondosos y voluminosos árboles del bosque.

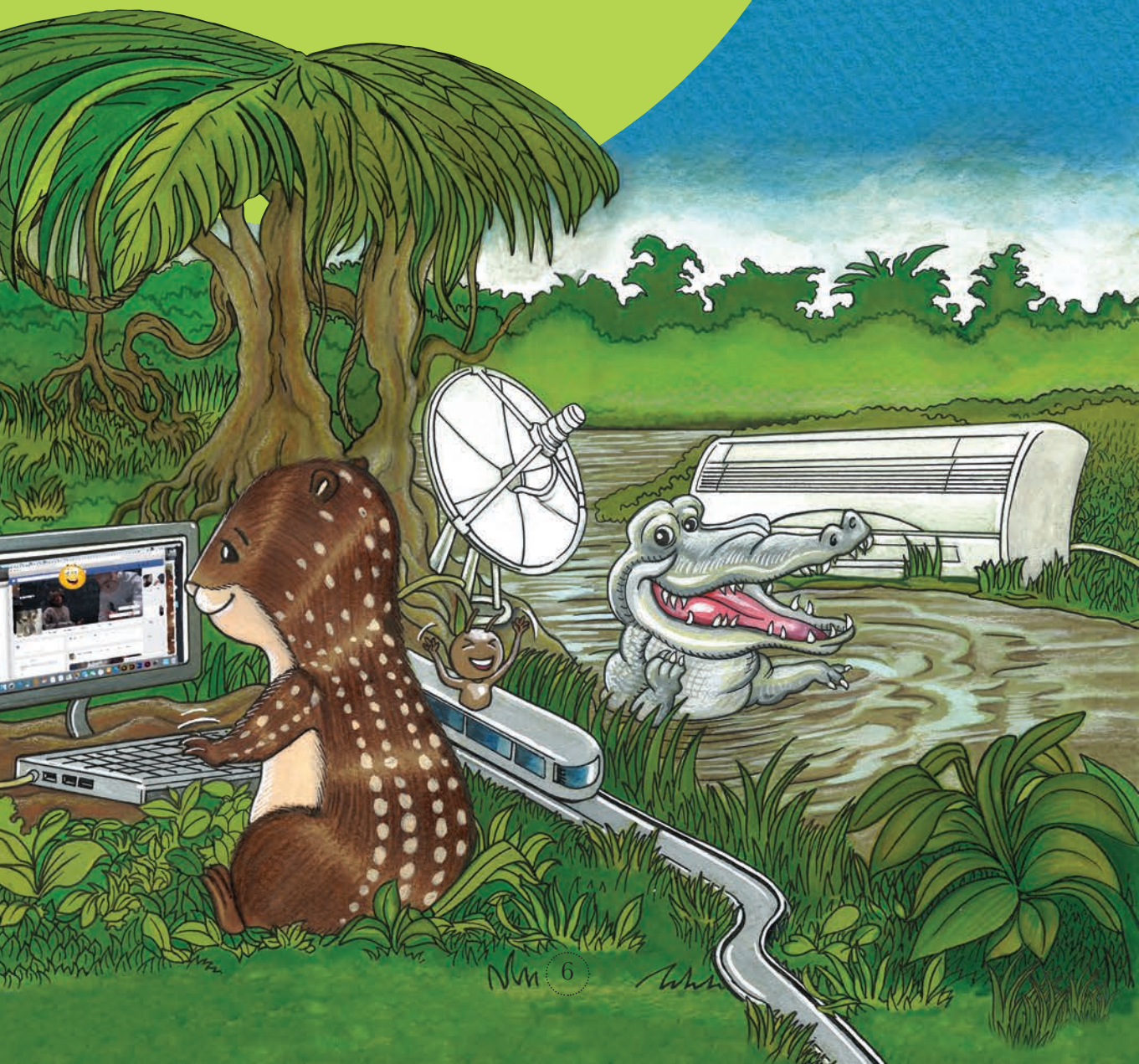
Mientras en lo alto
sucédían estos
ajetreo, en tierra
no era diferente; también las
mucas, quirquinchos, ratas
y castores habían iluminado
sus huecos y sus madrigueras
con potentes reflectores que
parecían luz del día. Ahora el
temido y tenebroso bosque
negro, que nadie deseaba vi-
sitar, se había convertido
en una ciudad de luz que
nadie quería que se apa-
gara, ni siquiera de
día.





Con la llegada del fluido eléctrico, los animalitos (contagiados con la moda tecnológica) se compraron todo tipo de artefactos. Así, por ejemplo, el cocodrilo instaló un sofisticado equipo de aire acondicionado en las orillas de su cocha, dizque para que nade de día y noche en un ambiente fresco y agradable. El perezoso, columpiándose en su ostentosa hamaca de lianas, disfrutaba los partidos de fútbol viéndolos en un imponente televisor HD de 100 pulgadas; el otorongo no se quedó atrás: disfrutaba de su programa favorito sobre animales en otro televisor, mientras asaba su rica parrilla en un horno eléctrico.

Todos los animales poseían sus artefactos, no había nadie que no tuviera uno, por más pequeño que este fuera. Hasta las hormigas ahora se desplazaban en divertidos y llamativos trencitos eléctricos. Pero el más moderno de todos era el picuro, quien había convertido su caserón en una moderna sala de cómputo pues tenía instalado desde prácticos y versátiles equipos WiFi hasta sofisticadas antenas satelitales, donde él se sentía el amo y señor de las comunicaciones mientras chateaba con todo el mundo.





A sí es como los habitantes del bosque estaban alegres y felices, excepto dos personajes noctámbulos, el búho y la luciérnaga, a quienes les molestaba el giro que había dado la vida en el bosque: luces y destellos en la noche, ruido y algarabía en el día. Estaban hartos de ver cada noche a ranas y sapos bailar, como poseídos, sin descanso, una música estridente que emanaba de un potente equipo de sonido; lo mismo que los guacamayos, gritando desafortadamente tanto de día como de noche en su karaoke electrónico. El búho se quejaba de que tanta iluminación en las noches le impedía realizar sus labores cotidianas, poniendo en riesgo su sustento y, por ende, su salud. Por su parte, la luciérnaga detestaba a los añujes y ronsocos, que habían instalado una discoteca con luces sicodélicas en medio del bosque: “Ya nadie me toma en cuenta con tanta luz multicolor, todos me ignoran” se quejaba.

Mientras tanto, el señor búho estaba preocupado por lo que podría pasar con tanta instalación eléctrica. Y sobre todo, por las luces encendidas y artefactos sin dejar de funcionar durante las veinticuatro horas del día. Por eso, no veía la hora que su amado y dulce hogar regresase a la normalidad. Ya había expuesto muchas veces sobre el peligro que significaba el tener los artefactos y focos encendidos todo el día, pero nadie le hacía caso. Sin embargo, lo peor estaba por venir.





Lo que casi le provocó un infarto fue en víspera de Navidad, al ver descargar en la Plaza Mayor del bosque enormes y voluminosos rollos de luces navideñas. Entonces se dijo: “Estos quieren adornar todo el bosque ¡Cuánta energía se va a consumir!”.

Inmediatamente llamó a reunión a toda la población para persuadirles de que desistieran de la idea de adornar el bosque.

-Amigos, ¿qué pretenden hacer con todos esos adornos?- dijo con voz grave.

-¿Es que no tienes idea, viejo?- le respondió un maquisapa burlonamente.-Vamos a iluminar cada uno de los árboles de nuestro bosque ¿tienes algún problema?

El viejo búho insistió:

-¡Oigan, eso es peligroso! ¡No pueden poner en riesgo nuestras casas, nuestras familias y nuestras vidas!





—¿Y por qué crees que las pondremos en riesgo, búho malagüero?—.

—Porque con tanta instalación los enchufes se pueden recalentar y provocar un incendio.

—¡Bah, hemos comprado enchufes de buena calidad!

—Pero, ¡oigan!, ¿no es suficiente con las luces que ya tienen instaladas?

—¡Ya cállate, búho aguafiestas! Los chicos tienen derecho a divertirse— rezongó un buitre desde la copa de un árbol.

—¡Bravoooo!— gritaron todos.

Empezaron a iluminar cada árbol del bosque. El espectáculo era mágico: un bosque completamente iluminado.

Los animales no cabían en sí de gozo y felicidad; extasiados en su vanidad habían iluminado hasta las ramas y hojas de los miles de árboles. De cada casa salían centenares de cables que, al entrecruzarse en el espacio, entretejían una extraña telaraña gigante que envolvía al bosque. Eran tantos los tomacorrientes y enchufes necesarios para ello que, además de copar por dentro sus casas, ahora también colgaban de sus puertas y balcones.





Faltaban ya escasos minutos para la medianoche cuando un ruido, una explosión, les heló la sangre. Todos quedaron quietos como estatuas. Pasados unos segundos del impacto, volvieron la mirada hacia el lugar de donde vino el ruido: la casa del maquisapa estaba oscura “¡¡¡Nooooooo!!!” se escuchó un grito en coro que retumbó el bosque. Luego, una mecha encendida empezó a desplazarse por los cables tendidos, dejando oscuridad a su paso. El hecho se repitió casi en simultáneo por todo el bosque, generando caos y angustia hasta que alguien gritó desesperado:

—¡INCENDIOOOO! ¡Se quema el bosque!



Entonces el pánico y la zozobra se adueñaron del lugar. Al poco rato, el resplandeciente bosque se había convertido en una descomunal fogata que tosía inmensas bocanadas de humo tóxico. Las aves y monos empezaron a caer desde las alturas, desmayados. Los animales de tierra, al tratar de escapar en la oscuridad, se enredaban en los cables, tropezaban y quedaban tirados por el suelo. Solo el búho, experto viajero nocturno, intentaba socorrer a todos, pero eran tantos que no se abastecía.

“¡Auxilio!” ¡Sálvennos!” Eran las voces que se escuchaba en todo el bosque. Pero nadie acudía a ayudarlos. Todos corrían tratando de salvar sus vidas. Parecía el fin del bosque y de sus habitantes.

Entonces el búho hizo algo extraño, algo que sorprendió a todos los que huían: los hizo volver a aletazos al centro de la Plaza Mayor. Allí reunidos les habló con voz sentenciosa: -¡Mantengan la calma! ¡Hagan algo! ¡No huyan ahora después de haber provocado esta tragedia! ¡Pídanle perdón a la Naturaleza, nuestra madre!

Los animales sintieron arrepentimiento y aceptaron en voz alta que el búho siempre tuvo razón. Inmediatamente, una torrencial lluvia se precipitó hacia la tierra y no cesó hasta apagar completamente el incendio.



Al amanecer, gran parte del bosque estaba chamuscado; los animales lo habían perdido todo: casa, muebles, artefactos, ropa, todo, absolutamente todo, pero, milagrosamente, nadie había muerto. El búho entonces llamó a una reunión general, a la cual todos asistieron sin chistar, con la cara llena de tristeza y vergüenza. Dijo: -¡Insensatos! ¡Miren lo que han ocasionado! Quisieron hacer de nuestro bosque La Ciudad Luz y véanlo ahora: no es sino una ciudad en tinieblas. Quisieron la luz para ustedes solos cuando en muchos otros hogares también la necesitan. Les recomendé que utilizáramos la luz racionalmente, pero no me hicieron caso. Ahora sólo nos queda reconstruir nuestro hogar, y también nuestros corazones, y aprender a compartir, porque compartir luz es compartir vida.







Desde ese día los animales del bosque empezaron a usar la luz solo cuando era necesario, con instalaciones seguras y de un modo muy sensato, para que todos pudieran gozar de ella y no malgastarla. El búho sobrevolaba el campo y se sentía feliz, al fin todos habían comprendido su mensaje, que era el mensaje de la naturaleza, y habían aprendido a convivir como una verdadera comunidad, con respeto por los demás y siempre cuidando la seguridad de sus familias. ¡Así qué bonito era tener luz!

FIN

Juntos evitamos los accidentes eléctricos

La energía eléctrica ofrece muchos beneficios pero es necesario que tengas cuidado al utilizarla, así evitarás accidentes en tu hogar o colegio. Sigue y comparte estos consejos de Osinergmin:

- Evita conectar muchos artefactos en un solo tomacorriente.
- No uses artefactos eléctricos cuando estás con las manos o pies húmedos.
- Nunca introduzcas elementos metálicos, como tijeras o alambres, en los enchufes.
- Los tomacorrientes deben ser cubiertos con tapas especiales para que tus hermanos menores no los manipulen.
- Recuerda que no debes acercarte ni tocar los cables eléctricos por ningún motivo, aunque estén en el suelo.
- Ten mucho cuidado cuando vuelas tu cometa; debes hacerlo en lugares abiertos y lejos de cables eléctricos.
- Dile a tus padres que tengan cuidado cuando instalen astas de banderas o antenas de televisión que estén cerca de cables eléctricos.

Cuento original de la docente Gretel Beldad Cárdenas Quispe, de la Gran Unidad Escolar Leoncio Prado (Huánuco), ganadora del Concurso Nacional de Cuento “Enseñamos Contigo”, organizado por Osinergmin en el 2014.





www.osinergmin.gob.pe

219-3410 (Lima)

0800-41800 (Provincias - Línea gratuita)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-04683. Editado por el Organismo Supervisor de la Inversión en Energía y Minería. Impreso en Talento y Acción S.A.C., Loma Rica 260 Prolongación Benavides, Santiago de Surco.

